

difícil la lectura de las pasiones, las expresa, sin embargo, todas con una claridad absoluta. No hace falta que Giuseppina hable para que todos la comprendan cuando sucesivamente ama con la timidez de una adolescente, siente el cansancio del puro amor, muestra la fatiga que la produjo la vida aventurera y llora arrepentida su maldad pasada. En todas las escenas de la pantomima, pero singularmente en las de su declaración amorosa en el primer acto, en las del juego en el segundo y en todo el delicadísimo acto tercero, el rostro de Giuseppina Calligaris dice lo que su boca calla. ¿Tenemos nosotros muchas tiple cuyos músculos faciales sirvan tan obedientemente á la intención del autor, ni siquiera para subrayar las frases que su boca pronuncie?

Nuestras tiple, con rarisimas excepciones, si hay alguna, tienen la cara principalmente para lucirla por que es bonita, pero casi ninguna se ha enterado todavía de que la cara sirve para algo más y menos aun de cómo se logra de ella ese servicio.

He citado *Histoire d'un pierrot* entre las obras del repertorio de Giuseppina Calligaris porque creo firmemente que en ella ha logrado, pese al desdén de una parte mínima del público de los Jardines, uno de sus mayores y más legítimos triunfos; no, ni mucho menos, porque esa sea la única obra en que la distinguida tiple supera á las que aquí cantan zarzuela muy convencidas de que para artistas sólo necesitan tener buena voz.

La señora Calligaris tiene mucho más que eso: tiene, sobre todo, alma de artista y así puede cantar con la apasionada ternura de un verdadero enamorado el dúo con Fiammeta en el tercer acto de *Bocaccio*, con la gracia picaresca de una *coupletista*; la canción del capitán en *La Mascota*, con arte inimitable la difícilísima del *cretino* en la obra de Sa-

ppe, y, en suma, casi todo lo que Giuseppina Calligaris ha cantado durante la temporada.

Cierto que la distinguida tiple no es ni mucho menos una artista improvisada. Un notable escritor italiano, Felice Lombardo, ha hecho una interesante monografía biográfica de ella. Allí se refieren los curiosísimos comienzos de la carrera artística de Giuseppina Calligaris.

«Su padre, modesto maestro de música, no podía adivinar que su Giuseppina había de llegar un día á ser cantante. Las miserables ganancias que lograba no eran bastante para subvenir á las necesidades de sus numerosos hijos, y en aquel tiempo Asti (la ciudad natal de Giuseppina)

no ofrecía mejor fortuna á un maestro; por eso, queriendo sustraerse á la miseria de una ciudad pequeñísima, se trasladó á Torino.»

«Allí encontró más amplio campo para buscar fortuna, y entre otros empleos logró el de pianista y director de una orquestita en el café Munnia, situado en la plaza de San Carlos.»

«En aquel café había un minúsculo escenario destinado á la represen-

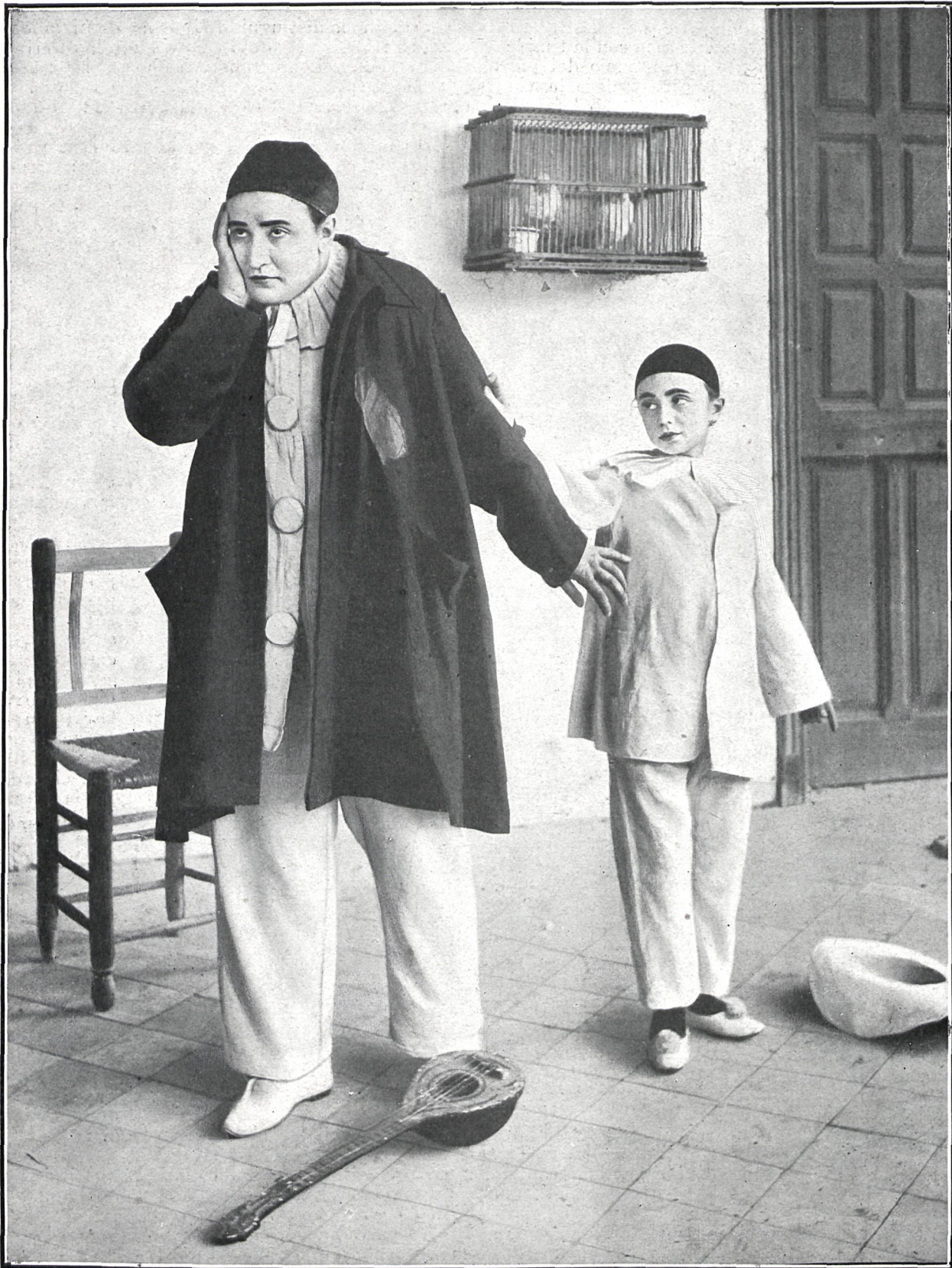
tación de operetas y *vaudevilles*. La diminuta Giuseppina, que no tenía aun doce años, solía acompañar diariamente á su padre y, sentada junto á él, escuchaba atentamente

durante largas horas, sin la menor señal de fastidio, el canto y la música. Aquel espectáculo lo divertía mucho y las melodías se imprimían en su corazón, en su mente y experimentaba una inefable sensación de gozo.»

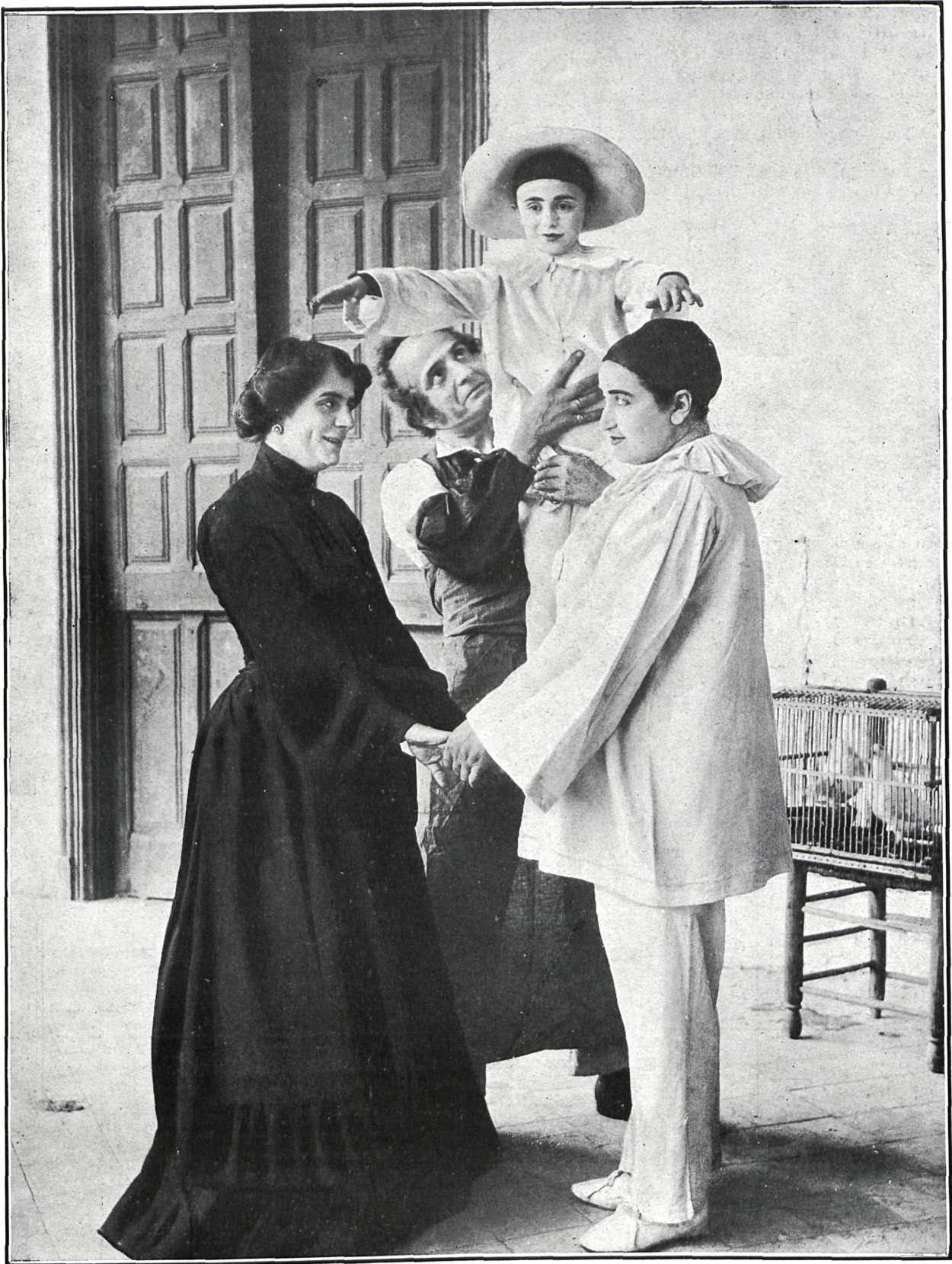
«Los parroquianos del café, viéndola constantemente sentada en su puesto, la tomaron cariño y algunos se entretenían gustosamente en conversar con ella, apreciando su inteligencia clara y su genialísimo ingenio. Muchos la llamaban con un cariñoso diminutivo del apellido de su padre (Gariano) la Garianota.»



SR. PIRACCINI, EN «HISTOIRE D'UN PIERROT»
Fot. Candela



SRA. G. CALLIGARIS Y NIÑA M. ACONCCI, EN EL ACTO TERCERO DE «HISTOIRE D'UN PIERROT»
(Fot. Candela)



SRA. ACONCCI, SR. PIRACCINI, NIÑA ACONCCI Y SR. CALLIGARIS, EN LA ESCENA FINAL DE «HISTOIRE D'UN PIERROT»
(Fot. Canelaja)

«Sucedió un día, el último de carnaval, que en el café debía verificarse una representación de *La hija de madame Angot* y la cantante encargada del papel de *Claretta* había volado hacia otros lugares; la sala estaba llena de espectadores, el maestro preparado y el empresario, no hallando modo de sustituir á la fugitiva, se creía perdido.»

«Giuseppina pareció sacudida por una súbita visión y levantándose con un movimiento instintivo dijo:

--¡Papá! ¡Yo sustituiré á *Claretta*!

Su padre trató de disuadirla porque no era fácil

el original expediente discurrido por la *Garianota*, aceptó inmediatamente y sin aguardar más, él mismo la subió, cogiéndola de la mano, al escenario.

«Fué una verdadera explosión; el público todo puesto en pie, conmovido, aplaudía frenéticamente unido en un sólo sentimiento de admiración. La sala del café amenazó ruina; tal fué el estrépito de los aplausos y los vivos. Giuseppina fué insistentemente llamada á escena como lo eran las más célebres y reputadas cantantes. Muchos se precipi-



SRA. CALLIGARIS, SR. PIRACCINI, NIÑA M. ACONCCI Y SRA. G. ACONCCI, EN EL TERCER ACTO DE «HISTOIRE D'UN PIERROT»

Fot. Candela

desempeñar aquel papel, pero la muchacha insistía.»

«La insistencia no era un atrevimiento infantil, sino un ímpetu de irresistible sentimiento artístico: un germen fecundo, una tendencia hacia el arte oculta hasta entonces que hacía explosión en aquel momento y que había de llevar á Giuseppina á escuchar los aplausos y las ovaciones con que ahora saludan mercedamente todos los públicos á una de las primeras entre las primeras cantantes de ópera.

El dueño del café, á quien no pareció inaceptable

taron hacia la afortunada debutante, algunos la besaban y otros la estrechaban la mano felicitándola. Ella permanecía tranquila, modesta y feliz con tanta gloria. Su padre la miraba silencioso, conmovido con los ojos preñados de lágrimas. Aquella noche Giuseppina no durmió,

Aquel triunfo, que Giuseppina no ha olvidado ni olvidará nunca, fué el presagio de una serie inacabable de triunfos semejantes, y hoy aún, cuando los públicos más severos la aplauden ruidosamente,



SRA. GIUSEPPINA CALLIGARIS, PRIMERA TIPLER, EN «LA STIRATRICE». (Acto 3.º)

(FOT. CANDELA)

la *Gavianota* no ve seguramente en esos aplausos sino un eco de aquellos otros tan estruendosos, tan espontáneos y tan inesperados con que saludaron su aparición en el mundo artístico sus buenos amigos los parroquianos del modestísimo café de Torino.

Desde aquella época (1881) la señora Calligaris no ha dejado de actuar como tiple de opereta, y hoy está considerada como una de las primeras, sino la primera, en su género, de Italia y como digna rival y competidora de las más famosas *divettes* francesas.

Cierto que Giuseppina Calligaris es artista verdaderamente excepcional dentro del género que cultiva y no entre nuestras triples, sino entre sus mismas compatriotas sería difícil, sino imposible, encontrar alguna digna de sostener competencia con ella.

Entre las italianas, en efecto, hay como entre nuestras artistas del género lírico muchas dignas de aplauso, pero esto no quiere decir que sean comparables á Giuseppina Calligaris, como el que no lo sean no quiere decir tampoco que hayamos de tenerlas por cantidades despreciables. Todo es relativo y entre nuestras tiple del género grande como del chico hay muchas relativamente excelentes; superiores en tercio y quinto á lo que daba la viciosa organización de nuestras compañías y su defectuosísimo modo de hacer teatro teníamos derecho á esperar. No son Calligaris, pero eso no obsta para que ganen en buena lid los aplausos que conquistan, ni menos para creer que colocadas en mejores condiciones para desarrollar sus aptitudes habían de hacer infinitamente más de lo que hacen.

Esto precisamente es lo que ocurre con Amelia Soarez, la hermosa coparticipo de los triunfos de Giuseppina Calligaris en la compañía italiana.

Amelia Soarez es completamente distinta de su compañera de fatigas; muy superior á ella en hermosura, gentileza y picaresco donaire la es inferior en todas las demás condiciones que pueden hacer una gran artista. La figura de Amelia Soarez es más gentil, pero su voz tiene estridulaciones ingratas que á veces hieren el oído. Sus movimientos en escena son tal vez más graciles, pero son al par menos elocuentes, no lo dicen todo, ó al menos no lo

dicen con tanta claridad como los de Giuseppina Calligaris.

¿Quiere decir esto que Amelia Soarez no es una excelente tiple? Muy lejos de eso, basta con verla interpretar *La Poupée* para poder afirmar rotundamente lo contrario.

La obra de Audran parece expresamente escrita para ella y difícilmente habrá otra tiple que pueda interpretarla mejor. Hasta el mismo defecto tónico que más arriba he apuntado sirve maravillosamente á la graciosa

tiple para ser una *muñeca* perfecta. El tipo está maravillosamente estudiado y Amelia, por virtud de ese estudio y de la repetición continuada de su labor, representa *La Poupée* con absoluta y perfecta naturalidad, sin que el público pueda darse cuenta del esfuerzo realizado para encarnar tan admirablemente el tipo creado por el autor como si la naturaleza de la hija del *maestro Hilario* fuese una segunda naturaleza de la tiple que representa al personaje. Y en realidad no es otra cosa que eso, una segunda naturaleza de la tiple creada según los modernos estudios psicológicos y por la repetición constante de unos mismos actos.

Por eso *La Poupée* es uno de los mejores éxitos de la compañía durante muchos meses, años enteros. Amelia Soarez, que al constituir su compañía tenía propósito de hacer con ella una larga excursión por América, se vió imposibilitada de hacerlo porque el éxito de *La Poupée*, mejor dicho, su éxito personal en la opereta de Audran hacía de sus viajes por Italia un paseo triunfal. Desde 1901 hasta la fusión de su compañía con la compañía Calligaris en 1903,

Amelia Soarez triunfó en todas partes con *La Poupée* y con *La Poupée* hubiera tenido bastante para sostener sus campañas.

Pero, naturalmente, Amelia Soarez tiene un repertorio mucho más extenso y en todo él logra hacerse aplaudir con justicia. *El capitán Teresa*, *Ni non de Lenclos*, *El carnet del diablo*, *La picolé Michu* y, en suma, cuantas obras ha interpretado Amelia Soarez han sido otras tantas victorias, y por si eso era poco aun dió la graciosa tiple mejor prueba de su talento cantando en castellano, naturalmente, el



SRA. ACCONCI, EN «HISTOIRE D'UN PIERROT»

(Fot. Candela)

tango de *Los granujas* y el del *morrongo* de *Enseñanza libre*. La gracia de Amelia Soarez hizo que fuese posible oirla en esas obras sin que el recuerdo de Loreto Prado, la más artista de nuestras ti-

ples, disminuyera en lo más mínimo el buen éxito de la triple italiana. Con Giuseppina Calligaris y Amelia Soarez figuran en la compañía otras artistas distinguidas, la señorita Abadía, triple de magnífica voz y excelente es cuela capaz indudablemente de mayores empeños; la señora Verga-Lahoz, tan buen triple como actriz; la señora Acconci, discretísima

mima y cantante muy discreta; también la señora Danesi y una característica tan modesta como graciosa y bella, María Bracconny.

Por su belleza, tanto como por su arte, descuellan también entre aquellas artistas Emma Casales que se impone á todos los públicos por su voz acaricia-

dora y su figura espléndida, y la señora Roncanelli, artista de corazón que no hace oficio del arte porque canta y declama con gusto, no como otras artistas por necesidad. Entre los actores merecen ser

mentados singularmente Giso Piraccini, Dasio Acconci, Cesare Gravina, Dante Forconi, Ferrarini Danesi, Bracconny y casi todos los demás que forman parte de la compañía.

Giso Piraccini, el más notable caricato de cuantos en Madrid han sido, no viene ahora por primera vez á la corte. Hace diez años, en el teatro del Príncipe Al-

fonso y formando parte de la compañía Gorgano, fué ya aplaudidísimo y logró fama justa. De entonces á hoy su fama aumentó y con justo motivo. Piraccini es uno de los mejores artistas en su género. Tiene una rara habilidad para caracterizarse y basta con verle en escena, antes de hablar,



SR. PIRACCINI, EN «HISTOIRE D'UN PIERROT»
(Fot. Candela)



SRA. SOAREZ Y SRES. DANESI, BRACCONNY Y ACONCCI, EN EL ACTO TERCERO DE «LA POUPEE»
(Fot. Góñi)